

La muerte del signo o el riesgo de una semiótica general

U. Eco (1990),
Semiótica y filosofía del lenguaje,
Barcelona, Lumen.

El último volumen publicado en España de Umberto Eco es una reelaboración de artículos aparecidos en la *Enciclopedia Einaudi*. La versión original italiana es de 1984, lo que produce cierto desasosiego por el retraso en la traducción. En ellos analiza cinco conceptos clave de la discusión semiótica y, como bien recuerda el autor para justificar el título, también de toda la tradición filosófica: los conceptos de signo, significado, metáfora, símbolo y código.

En efecto, si la semiótica como disciplina autónoma, claramente establecida con la determinación de un objeto de estudio (el signo) está todavía en pleno desarrollo, los temas de preocupación de la teoría semiótica han estado de una u otra forma presentes en toda la historia del pensamiento humano. Este hecho, vislumbrado y discutido desde los primeros teóricos de la semiosis implicaba una doble consideración: por un lado, ante los estudios de semiótica se abría un gran y apasionante horizonte de trabajo, pero por otro lado surgía una grave dificultad: la necesidad de constituirse en una disciplina superadora de com-

partimentos científicos estables desde el positivismo racionalista. El caso es que U. Eco se ha obsesionado en sus últimos trabajos (y este sigue en la línea) por rastrear los fundamentos historiográficos de la semiótica y entroncarla definitivamente con la tradición filosófica; y es que, como dice textualmente, “todo gran filósofo del pasado (y del presente), ha elaborado de alguna manera una semiótica”, y, en el mismo sentido, insiste en que para una semiótica general “el discurso filosófico no es ni aconsejable ni urgente, sino constitutivo”.

El capítulo I es un intento de recapitulación conceptual del término signo, teniendo en cuenta la “moda” de anunciar su desaparición como objeto de la semiótica. Quizá la llamada crisis del signo provenga no tanto de su superación sino de la enorme complejidad conceptual que encierra y de su difícil caracterización como objeto de estudio. Ya en su manual *Signo*, decía Eco, después de esbozar un breve panorama ejemplificador de lo que sería la semiótica, que “ahora empezamos a comprender de qué debe tratar un libro sobre el concepto de signo: *de todo*” (Eco:, U. 1973 *Signo*, Barcelona,

SEMIOTICA Y FILOSOFIA
DEL LENGUAJE
Umberto Eco



Editorial Lumen

Labor) Por ello, frente a los que propugnan que la semiótica se ocupe sólo de signos intencionales, Eco recuerda la propuesta de Charles Morris según la cual "la semiótica no tiene nada que ver con el estudio de un tipo particular de objetos, sino que se refiere a los objetos ordinarios en cuanto (y solamente en cuanto) participan en el proceso de semiosis" (Morris, 1938, *Fundamentos de la Teoría de los signos*, Barcelona, Paidós)

El capítulo II, dedicado al significado, es un complejo excursus sobre los problemas planteados por este concepto que sigue siendo la asignatura pendiente tanto de la lingüística como de la semiótica o de la filosofía del lenguaje. En efecto si el plano expresivo de los signos, sobre todo, los lingüísticos, se ha explorado y analizado con resultados sorprendentes, el plano del contenido, lo que de manera general, podemos identificar con el significado, sigue siendo una gran incógnita. Y es que si aceptamos que el signo pueda definirse sintéticamente como aquello que está en el lugar de otra cosa, de lo que estamos tratando es del lugar de una ausencia; por ello, el problema del significado debe inscribirse en esa dialéctica de la ausencia. De ahí que Eco defina provisionalmente el significado de una expresión como "todo aquello que es susceptible de interpretación", y ello nos lleva a concebir la relación que el signo establece no ya como pura equivalencia sino como inferencia deducible, y a convertir la semiótica en una nueva hermenéutica.

La metáfora es el concepto que Eco analiza y desarrolla ampliamente

en el capítulo tercero de su obra, partiendo del principio de que poco (aunque mucho) se ha dicho sobre la metáfora después de Aristóteles. Y la metáfora podemos considerarla desde dos puntos de vista: como raíz y caracterizadora de todo lenguaje, o como trampa, error o abuso de los propios mecanismos de significación lingüística. En el primer caso, estaremos ante la idea de que el signo (la metáfora) es fundante, creador de un ámbito, de una realidad, que nos constituye como seres de naturaleza simbólica; pero esa riqueza originaria queda mutilada cuando se institucionaliza socialmente. Por ello el lenguaje artístico (aunque no sólo en él se creen metáforas) es la recuperación de esa función creadora primigenia, tal y como lo expresó magníficamente Ortega al reflexionar sobre el nombre de la actividad filosófica: para nombrar algo nuevo ya no se trata de *hablar* (que es decir lo que se sabe), sino de *hablar uno consigo* (Ortega y Gasset, J. 1960: *Origen y epílogo de la filosofía*, Madrid, Rev. de Occidente, 3.^a ed. 1972). Por ello, y dado este carácter creador en su génesis, la metáfora (y todo signo) es un instrumento de conocimiento, que aporta significado nuevo y no que sustituye a otra cosa ausente; esta idea, como explica Eco, ya estaba en Aristóteles, aunque los estudiosos posteriores no supieran, en su mayoría, recogerla: "la metáfora 'pone' una proporción que, dondequiera que estuviese almacenada, no estaba delante de los ojos; o lo estaba, pero éstos no la veían, como la carta robada de Poe".

Eco propone un esquema de análisis metafórico basado en su concepto

de semiosis ilimitada: "todo signo (lingüístico o no lingüístico) se define mediante otros signos (lingüísticos o no lingüísticos), que a su vez se convierten en definidos respecto a otros términos que funcionan como definientes"; y basado también en su noción de enciclopedia que adopta para ello una semántica de casos, que sirven de soporte para los semas que se compararan en busca de ese rasgo de semejanza que fundamente la catacresis.

En el siguiente capítulo Eco se enfrenta a la difícil tarea de definir el símbolo, y tras repasar algunos de los intentos históricos por caracterizar lo simbólico, llega a la conclusión provisional de que el símbolo ni es equivalente al signo ni es una parte del todo sígnico, sino una actitud semántico-pragmática de utilización (producción y/o interpretación) de los signos: el llamado *modo simbólico*. El modo simbólico "es un procedimiento de *uso* del texto, que puede aplicarse a todo texto y a todo tipo de signo, mediante una decisión pragmática ('quiero interpretar simbólicamente') que en el plano semántico produce una nueva función sígnica al asociar expresiones ya dotadas de contenido codificado con nuevos segmentos de contenido, máximamente indeterminados y escogidos por el destinatario" (p.287). En este apartado resulta, al menos, extraño, que Eco no recoja (ni en la bibliografía) las aportaciones realizadas por G. Durand, discípulo de Bachelard y fundador del "Centro de Investigaciones sobre lo Imaginario de Grenoble" (cfr. Durand, G. 1969: *La imaginación simbólica*, B. Aires, Amorrortu y, 1982: *Las*

estructuras de antropológicas de lo imaginario, Madrid, Taurus.

Por último, el capítulo V es una revisión y crítica del concepto de código, tan integrado ya, no sólo en la reflexión semiótica, sino también en muchas otras disciplinas y en la vida diaria. Eco, en una autocensura que pretende sea extensiva, propone la sustitución del término *código* por el de *enciclopedia* en el ámbito teórico y en la aplicación interpretativa concreta. Se trata, en efecto, del mismo proceso que ha llevado a la sustitución progresiva del signo por la semiosis: el código entendido en sentido restringido, como sistema de equivalencias entre unidades de dos conjuntos distintos, se queda pobre para explicar el funcionamiento complejo de la mayoría de los sistemas de signos (p.ej. el sistema de la lengua natural humana). El concepto *Enciclopedia* pretende ser la alternativa que explica la semiosis en todas sus dimensiones. Claro que Eco admite que muchos autores han utilizado el término código en el mismo sentido, ampliado, que él quiere indicar con *enciclopedia*; se trata, por tanto, de una propuesta de aclaración terminológica y conceptual.

El texto de Umberto Eco es, por tanto, en todas sus páginas muy sugerente y aclarador; quizá sin tanta erudición, siempre puesta como fundamento y justificación, lo fuera aún más.

Angel Acosta